

«Me pasaba algo muy extraño: miraba con simpatía a todo el mundo. Creo haber dicho que me he propuesto hacer este relato en forma totalmente imparcial, y ahora daré la primera prueba, confesando uno de mis peores defectos: siempre he mirado con antipatía y hasta con asco (obsérvese que su demofobia y su androfobia son, incluso, físicas) a la gente, sobre todo a la gente amontonada; nunca he soportado las playas en verano, los partidos de fútbol, las carreras, las manifestaciones. Algunos hombres, algunas mujeres aisladas me fueron muy queridos, por otros sentí admiración, por otros tuve verdadera simpatía; por los chicos siempre tuve ternura y compasión, sobre todo cuando, mediante un esfuerzo mental, trataba de olvidar que al fin serían hombres como los demás; pero en general la humanidad me pareció siempre detestable. No tengo inconvenientes en manifestar que a veces me impedía comer en todo el día o me impedía pintar durante una semana al haber observado un rasgo; es increíble hasta qué punto la codicia, la envidia, la petulancia, la grosería, la avidez y, en general, todo ese conjunto de atributos que forman la desgraciada condición humana pueden verse en una cara, en una manera de caminar, en una mirada... Esa noche, pues, mi desprecio por la humanidad parecía abolido, o por lo menos transitoriamente ausente» [53 y 54].

Hemos transcrito el párrafo completo porque es uno de los más reveladores de la psicología de nuestro personaje y porque demuestra hasta qué punto su angustia habría podido ser superada si hubiera encontrado el verdadero amor. Como vemos, su necesidad de afecto es tan compulsiva, tan apremiante, que incluso la esperanza de haberlo logrado lo hace olvidar completamente su hostilidad contra el género humano.

Karen Horney anota que en los neuróticos el afán de que se les aprecie o quiera es tan desesperado que «un saludo, un llamado telefónico o una invitación... son susceptibles de trastornar su ánimo y toda su manera de contemplar la vida (9). Observemos cómo el solo hecho de que María le confiese haber pensado también en él lo pone fuera de sí. Pero el neurótico es un ser patológicamente desconfiado. «Cualquier muestra de afecto puede suministrarle... una tranquilidad superficial o hasta una sensación de felicidad, pero en lo más profundo esas manifestaciones chocan con su desconfianza o desencadenan su resistencia o ansiedad. No cree en ellas, porque está firmemente persuadido de que nadie podría amarle jamás» (10).

(9) Karen Horney: *Ob. cit.*, p. 136.

(10) Karen Horney: *Ob. cit.*, p. 130.

Castel, por unas horas, ha creído que esa mujer puede serlo todo en su vida; pero al día siguiente, cuando al llamarla por teléfono le contestan que María se ha ido al campo, sus anteriores ilusiones se derrumban. Y no sólo eso: es dominado de inmediato por la desconfianza. Reconstruye mentalmente la conversación telefónica del día anterior y sus circunstancias. Recuerda que ella «cambiaba de voz» repentinamente al hablar; que mencionó «gentes que entraban y salían» como disculpa por no hablar con naturalidad; que le dijo claramente: «Cuando cierro la puerta saben que no deben molestarme.»

Un individuo normal piensa, con toda seguridad, que el viaje de ella se ha debido a alguna razón importante que luego la muchacha explicará. Castel no. Duda de inmediato (la desconfianza, la inseguridad, son, por lo demás, características del cerebrotónico, en cuya mente acecha siempre un sentimiento de inminente desastre) y saca conclusiones categóricas: María es capaz de simular porque está acostumbrada a ese tipo de relaciones que ha comenzado con él. Lo prueban el hecho de que ha cambiado de voz con toda naturalidad y su afirmación de que no deben molestarla cuando cierra la puerta. Simplemente, razona Castel, los de la oficina en que ella trabaja están habituados a los amoríos de María.

Como la persona que responde al teléfono le informa que María ha dejado una carta para él, va de inmediato a la casa de la muchacha. Pero allí recibe otro golpe, pues sale a atenderlo un ciego que se presenta como Allende, esposo de María. El mismo se encarga de entregarle la carta y le dice algo que define bien a su esposa, que siempre nos ha dado la impresión de no tener prisa por nada:

«Léala, no más. Aunque siendo de María no debe ser nada urgente» [57].

Y tiene razón, pues cuando Castel la abre, en la única hoja que contiene lee sólo cinco palabras:

«Yo también pienso en usted» [57].

Después de este suceso, Castel regresa a su casa anonadado y sin comprender. No puede entender que María lo haya hecho ir a su casa a buscar una carta y hacérsela entregar por el propio marido, cuya existencia él ignoraba. ¿Por qué no le había dicho que era casada? ¿Qué había ido a hacer al campo, a esa estancia en que vivía Hunter, un «imbécil mujeriego» primo de Allende? Estas y mil preguntas más surgen de su cerebro atormentado. A ratos se siente dominado por el odio hacia ella y luego cae en una profunda ternu-

ra. Cree que no puede renunciar a la muchacha, pues sabe que «el amor anónimo que... había alimentado durante años de soledad se había concentrado en María» [65]. Los días que se suceden son agitados y están preñados de angustia y de espera. La misma noche en que ha sabido que ella es casada le escribe una carta que él califica de «desesperada», suplicándole que le envíe unas líneas o que vuelva. Incluso la hace certificar para estar seguro de que llegará a su destino. Su dormir es intranquilo. Tiene un sueño que él mismo relata e interpreta:

«Visitaba de noche una vieja casa solitaria. Era una casa en cierto modo conocida e infinitamente ansiada por mí desde la infancia, de manera que, al entrar en ella, me guiaban algunos recuerdos. Pero a veces me encontraba perdido en la oscuridad o tenía la impresión de enemigos escondidos que podían asaltarme por detrás o de gentes que cuchicheaban y se burlaban de mí, de mi ingenuidad. ¿Quiénes eran esas gentes y qué querían? Y sin embargo, y a pesar de todo, sentía que en esa casa renacían en mí los antiguos amores de la adolescencia, con los mismos temblores y esa sensación de suave locura, de temor y de alegría. Cuando me desperté, comprendí que la casa del sueño era María» [66-68].

Reparemos en que el mismo Castel identifica la casa de su sueño con su amada (según Sheldon, el cerebrotónico, debido a la excelente iluminación interior de que está dotado y a la rica vida imaginativa que posee, tiene plena conciencia de la tendencia de sus propios sueños. El análisis de ellos hecho por un entendido, a menudo no significa para él una revelación, sino sólo una continuación del análisis racional de sus actitudes y creencias plenamente conscientes) y que la califica como «infinitamente ansiada... desde la infancia». Esta afirmación corrobora nuestra opinión inicial de que la angustia de Castel debió producirse en sus años infantiles y que, no encontrando durante ellos el afecto, seguramente por su misma hostilidad, se refugió en la soledad, pero anhelando siempre y desesperadamente el afecto que, inconscientemente, pensaba él que lo liberaría de su angustia. Por desgracia, en su atracción por María Iribarne, producida, según él, por el instinto de que la muchacha se le asemejaba, parece haberse cumplido la teoría de Szondi de que «nuestros genes eligen por nosotros». Anotamos esta conclusión porque si Castel nos impresionó como un anormal desde la primera línea de su confesión, la muchacha que le provocó tan violento amor no nos pareció menos. Y pensamos, a medida que avanzamos en la lectura y

que íbamos conociendo más a los atormentados protagonistas, en algo que habíamos leído sobre los genes recesivos: «Dos personas se sienten atraídas recíprocamente, tanto en el amor, en la amistad, en la esfera profesional, como en la elección de un ideal, cuando una parte más poderosamente dinámica del conjunto de sus genes latentes es idéntica o semejante» (11). Con toda seguridad había algo en María que atrajo a Castel, porque eso mismo se encontraba también en él, pero en estado puramente recesivo. ¿Qué? No lo sabemos, pero lo intuimos, porque ambos nos parecen parientes espirituales.

El mismo Castel, pese a que la violenta pasión que siente por ella debiera cegarlo, se da cuenta de esta similitud y teme. Teme con el mismo temor que probablemente se tiene a sí mismo sin reconocerlo (toda su actitud acusa un complejo de inferioridad que se manifiesta en su agresividad y en su crítica constante hacia los otros. Es posible, incluso, que su actividad artística de pintor no haya sido más que un afán compensatorio de dicho complejo). Su instinto le habla de una similitud espiritual entre él y María, pero sabe que es una similitud peligrosa. Lo da a entender en muchas de sus expresiones, en especial cuando relata lo que sintió al recibir la ansiada respuesta epistolar de su amada:

«En los días que precedieron a la llegada de su carta, mi pensamiento era como un explorador perdido en un paisaje neblinoso: acá y allá, con gran esfuerzo lograba vislumbrar vagas siluetas de hombres y cosas, indecisos perfiles de peligros y abismos. La llegada de la carta fue como la salida del sol.»

«*Pero este sol era un sol negro, un sol nocturno.*»

«No sé si se puede decir esto, pero... no retiraría la palabra nocturno; esta palabra era, quizá, la más apropiada para María...» [67].

María constituye para él un «sol nocturno». Castel ha empleado una paradoja que expresa exactamente lo que siente frente a la muchacha, a la que considera una luz en su vida, absolutamente necesaria, una luz que ha aparecido en medio de su oscuridad y que, por no estar de acuerdo con lo real (el sol no sale de noche), lo dejará sumido, tal vez, en una oscuridad mayor al desaparecer.

La carta de María es tan tranquila, tan enigmática e inasible como ella misma. Le habla del mar, de la playa, de la vida, de su soledad y de la de él, para concluir con unas frases que le demuestran a

---

(11) Oscar Ahumada: *Psicología fundamental*. Departamento de Publicaciones del Liceo «Manuel de Salas», Santiago de Chile, 1959, p. 297.